

HUMANIDAD

Pilar Sarazá Cruz
Profesora del dpto de Leng.
Romances y Estudios Semíticos
Fac. Ciencias de Educación
Universidad de Córdoba
Noviembre/03

Aquellos humanos que tenemos aún algo de humanidad, nos empeñamos siempre en corregir las desigualdades entre el mundo occidental y el tercer mundo. Mostramos nuestro dolor y nuestro miedo ante las atrocidades y crímenes que todos los días nos ofrecen los medios de comunicación. Lloramos nuestra impotencia, nuestra mala conciencia, al ver que estamos pegados al sistema que, para bien o para mal, nos ha tocado vivir. Insistimos en la necesidad de actuar urgentemente, criticamos a los gobiernos de uno u otro estado o país. Nos manifestamos siempre que hay ocasión de hacerlo, por aquellas causas nobles, que entendemos benefician a la humanidad... y así estamos siempre pendientes de los derechos humanos, nos hacemos socios de ONG que se encargan por nosotros de actuar, y en definitiva, en la mayoría de los casos, nos quedamos simple y llanamente en la teoría (salvo honrosas excepciones), porque nuestras ocupaciones cotidianas - profesionales, familiares, sociales- nos impiden cortar por lo sano, mandarlo todo al garete y llenar nuestra vida con algo más que hamburguesas y ketchup, o que arroz chino y ensaladilla rusa.

Pero claro, cuando se trata de arreglar precisamente lo cotidiano, lo de todos los días. Entonces ahí, ya se nos van los ideales, la humanidad, la nobleza, y hasta la conciencia, porque a la primera de cambio arremetemos con el de al lado, culpándolo de todos los males de la humanidad y descargando en el vecino nuestro dolor, nuestra impotencia, nuestra mala conciencia.

Si efectivamente el mundo en que vivimos es el peor de todos por el hedonismo, el materialismo, la alienación, la ausencia de valores trascendentes y todas las demás cuestiones que machaconamente reiteramos a diario ¿Cómo no empezamos a arreglarlo?

Desde los detalles más insignificantes hasta los más trascendentes nuestra sociedad se construye con la actuación de todos y sin embargo nuestra fuerza parece diluirse cuando se trata de lo cercano, de lo que nos atañe directamente. Por eso, aunque todos los días vemos otro tipo de crímenes -aparentemente menos impactantes, pero igualmente sangrientos-, pasamos de puntillas, como si no viésemos nada. Dirigimos nuestra mirada a lugares y tiempos en los que por desgracia poco podemos hacer directamente y en donde, a veces, la incultura y el subdesarrollo sume a los pueblos en salvajes guerras fratricidas.

Somos resultado del lugar y el momento en que nos ha tocado vivir. Efectivamente el llamado mundo occidental - con sus defectos y virtudes- tiene hoy en día un enorme protagonismo en la distribución de la riqueza y del poder mundial. Podemos sentirnos privilegiados -sólo en parte-, por pertenecer al "mundo civilizado", tenemos un pasado, histórico y un presente de la opulencia y del bienestar, disponemos de técnicas avanzadas en la comunicación y la ciencia, nuestra media de edad es la más alta del planeta, disfrutamos del ocio y la intelectualidad. Y mientras gozamos de todo eso, entregamos el poder - por parcelas de abajo arriba- desde el ámbito profesional hasta el social y político, por regla general, de forma arbitraria y mediática, y en muchos casos a los más desalmados. Estamos acostumbrados a caer en el señuelo de las etiquetas y de la calificación superficial, o quizá es que nos resulta más cómodo agarrarnos a eso para evitar afrontar la realidad de lo que vemos: lo que pasa en el mundo occidental es, en algunos aspectos, bastante más grave de lo que pasa en el tercer mundo, sobre todo porque nosotros somos también responsables de aquel y porque tenemos los medios para cambiarlo y no lo hacemos.

Hemos entrado en el tercer milenio y por desgracia, aunque los medios técnicos y científicos avanzan a pasos agigantados, los valores humanos retroceden en proporción inversa. A lo mejor en algún rincón del mundo civilizado o en algún lugar del tercer mundo podemos todavía constatar que existe la solidaridad, la sabiduría, la capacidad de amar y de dar. A lo mejor somos capaces de conservar todo eso. A lo mejor tienen que ser ellos los que vengan a ayudarnos, a abrirnos los ojos que alguien nos quiere cerrar. Ojalá aún quede algo de luz en nuestra mirada y seamos lo suficientemente fuertes para impedir que nos cieguen del todo. Ojalá no sea demasiado tarde.